

V E R U S C H K A

Musa de Antonioni y Avedon, precursora del body-painting. Su

vida legendaria y su poder hipnotizador reviven con una

edición de sus años dorados y libres. Por Carmen Rosa

Vera Gottliebe Anna Gräfin von Lehndorff-Steinort estaba destinada a ser una princesa alemana, o al menos a vivir como una reina toda su vida. Pero su destino se truncó el día que su padre, en 1944, cuando ella contaba cinco años, decidió unirse a la Operación Valkiria y, junto a otros desilusionados oficiales del ejército alemán, acabar con la vida de Adolf Hitler, al que aprendieron a odiar a base de barbaries. El resultado es de todos conocido: el fracaso del atentado y la muerte de los perpetradores en la horca. Vera y sus tres hermanas fueron enviadas a un campo para niños de la resistencia, su madre a la cárcel y, tras la liberación, todas se convirtieron en refugiadas y vagaron sin hogar estable, en shock y desorientadas sin saber cómo sus vidas se habían dado tanto la vuelta. La joven Vera decidió pronto refugiarse en el arte y, tras empezar sus estudios en Hamburgo, se trasladó a Florencia. Allí, con 20 años, la descubrió el fotógrafo Ugo Mulas, fascinado con la atlética fisonomía y los más de 1,85 metros de altura de aquella alemana de mirada ausente. Arrancó así una carrera como modelo a la que le costó despegar pero que la convertiría en símbolo de una época inolvidable.

Pese al entusiasmo inicial de Eileen Ford, la propietaria de la prestigiosa agencia de modelos neoyorquina a la que conoció en París, cuando Vera aterrizó en Nueva York, Ford le regaló un “si te he visto no me acuerdo” y la aspirante a maniquí tuvo que regresar a Munich desilusionada pero con su espíritu de superviviente al rojo vivo. Aquella vida de vino y rosas que prometía el modelaje en Manhattan era demasiado tentadora como para no volver a intentarlo con la estrategia que mejor dominaba: la reinención. Se vistió de negro, adquirió un teatral aire de misterio y Vera se inventó a

Veruschka durante el carnaval de Río de Janeiro en 1969.



HARPER'S

BAZAAR

KEY WORD IN FASHION

More news from the Collections

The Look of the Head

The Look of the Leg

Fashion in the Nursery

April 1964 3/6

Veruschka
fotografiada
por Johnny
Moncada para
la portada de
abril de 1964
de Harper's
Bazaar UK.

FOTO: D.R.

Veruschka, una enigmática belleza rusa de misterioso pasado y nacida para triunfar. Nunca más pasó desapercibida. Había nacido la primera *top model* de la historia. “Soy Veruschka, vengo de la frontera entre Rusia, Alemania y Polonia y me gustaría ver qué puede hacer con mi cara”, les decía a todos los grandes fotógrafos a los que dedicó una visita. “La moda no se basa en estar más guapa, sino en que, una vez un fotógrafo te ve, no te olvide nunca más”, añadiría después.

En los 60, Veruschka encarnó como ninguna otra modelo la nueva libertad estética y sexual de la década. Ser musa de Salvador Dalí, para el que ejerció de escultura humana cubierta de espuma de afeitar; protegida de Diana Vreeland, que no dejó escapar el exotismo de aquella gigante europea; y portada de Life en 1967 bajo el lema *La chica a la que todos miran* la convirtieron en la modelo mejor pagada de todos los tiempos. A su belleza salvaje, casi animal, se unía un fino olfato para aprovechar esos minutos de fama que, como señalaba Warhol, lo pueden cambiar todo. Ella no necesitó quince, le bastaron los cinco que duró su escena en *Blow up*, de Michelangelo Antonioni. Aquel *aquí estoy yo* y sus sugerentes posturas tirada en el suelo mientras el personaje del fotógrafo, inspirado por David Bailey e interpretado por el actor británico David Hemmings, le disparaba sin tregua se convirtieron en el momento más comentado de la cinta y en una de las escenas más sexys de la historia del cine. No importó que su nombre estuviera mal escrito en los títulos de crédito, los que aún no la conocían no la olvidaron jamás.

Con Diana Vreeland, la alemana desarrollo todo

**SU ROSTRO
NUNCA SE
OLVIDARÍA
TRAS LOS
CINCO
MINUTOS QUE
PROTAGONIZÓ
EN BLOW UP
DE ANTONIONI**

su potencial y demostró que las modelos podían aportar mucho a las imágenes. La editora le otorgó carta blanca en *Vogue* y Veruschka, junto a su pareja por entonces, el fotógrafo Franco Rubartelli, comenzó a realizar sesiones de moda producidas y diseñadas por ella misma, incluida una con sus hermanas en 1968. “Se puede decir que su personalidad se liberó del todo con Rubartelli, floreció con Vreeland y se volvió exótica con Peter Beard”, comenta Moncada acerca de las personas en las que se apoyó la modelo en su ascenso al olimpo de las diosas. También la cámara de

Irving Penn y Richard Avedon, que la definió como “la mujer más bella del mundo”, se rindieron a su influjo, y difundieron por todo el planeta su rostro pecoso, sus marcados pómulos y sus grandes ojos azules.

Una de sus portadas más icónicas de Veruschka la protagonizó para *Harper's Bazaar* en 1964, el mismo año en el que los Beatles reventaban listas con *I want to hold your hand* y The Who daba sus primeros pasos, antes del bombazo *Blow up*. Se trataba de un primer plano con turbante y mirada altiva, obra del italiano Johnny Moncada, uno de los fotógrafos que más veces la

inmortalizó durante sus primeros tiempos como modelo.

Ahora, la editorial Rizzoli recupera en el libro *From Vera to Veruschka. The Unseen Photographs*, con decenas de las primeras sesiones que Moncada realizó a la modelo, aún llamada Vera, a lo largo de un año en Roma, Capri y Cerdeña y que hasta ahora habían permanecido guardadas en un baúl. “Ella revolucionó el papel y la apariencia de las modelos para siempre como alta y salvaje viajera del mundo y del espíritu. Además, convirtió a la modelo en activa participante de las fotografías”, cuenta a *Harper’s Bazaar* desde Roma Valentina Moncada, hija del fotógrafo y en gran parte responsable de que estas instantáneas hayan visto la luz.

Para el director artístico y comisario Antonio Monfreda, “en esas fotos se podía percibir a la perfección que iba a ser una estrella. Era un tipo de belleza totalmente rompedor en la proporción y el *allure*, una belleza nada convencional, con mucha energía, comparada con las de los 50”. Ya está presente en ellas el poder hipnotizador de sus interminables piernas, que adelgazaron el canon estético para siempre, pero también la enigmática melancolía de su mirada, el poso de tristeza de una infancia rota que el glamour nunca consiguió borrar del todo. Veruschka lidió finalmente con su pasado cuando decidió retirarse de la moda en 1975. Con la impresión de que su momento había acabado a los 36 años, se dedicó al arte, sobre todo al *body painting*, del que se considera pionera. También cayó en una profunda depresión arrastrada, según ella misma ha admitido, por los fantasmas de su niñez y que consiguió superar con la ayuda de su familia. Personalidad en la sombra, mito al que los diseñadores regresan una y otra vez en busca de inspiración, la

**“EN LOS 60 LA
MODA
HABLABA DE
LIBERACIÓN
DE LA MUJER,
NO DE LA
FORMA DE
CAMINAR EN
LA PASARELA”**

condesa se reconcilió definitivamente con sus orígenes y en 2005 abandonó Nueva York, donde las estrecheces económicas la estaban ahogando, para mudarse a Berlín, la ciudad que vio morir a su padre. La colección *Veruschka Voyage* que Michael Kors le dedicó en 2002, su comentado cameo en la película de James Bond *Casino Royale* y la repercusión de su última aparición, en 2010, desfilando para Giles Deacon en Londres, con 71 años, demuestran que el respeto hacia su figura sigue intacto. No ocurre lo mismo, a su parecer, con la moda que ella encarnó: “En los sesenta la moda hablaba de liberación, trataba de liberar a las mujeres, no de ser incapaces de caminar”, se quejó a *The Daily Mail* tras aquel tributo en la capital británica. Lo que es evidente es que hubo un antes y un después de que Veruschka colocara su afilado esqueleto ante una cámara. “A los nuevos estándares que aportó les debemos el físico y la camaleónica estética de las modelos actuales”, dice Valentina Moncada, para la que su herencia sigue presente sobre todo en dos *top*: “Gisele Bündchen, por su físico, y sobre todo Kate Moss, por su habilidad para reinventarse”. “Veruschka nos trasladó a otra dimensión”, resume Monfreda.

Vera lo cambió realmente todo. ■

